

## Chapter One

Myths, my abuela used to say, are truths long forgotten by the world.

Which is probably why she collected them the way some people collect stamps. Or mugs with pictures of kittens on them. She gathered tales of enormous, horned, snake-like sea creatures, of two-headed vampire dogs with glowing red eyes, of terrifying man-eating ghouls that stalk the night, searching for naughty children to kidnap.

The myths came from all over the Spanish-speaking world. From Madrid to Quito. Mexico City to Buenos Aires. Most of them were hundreds of years old, almost as old as the cultures that had inspired them. Some had spread quickly around the globe, spread like wildfire. Others never even left the tiny rural towns where they'd first been told. All her life my grandma had been obsessed with Hispanic mythology, with all the legends and stories and folklore, and had spent years teaching them to me.

When I was little we used to hang out in the kitchen on lazy Saturday afternoons, me in my Power Rangers pj's and chanquetas, my abuela telling her favorite tales from memory, making the epic battles and ghoulish monsters come to life with every gesture of her brown and wrinkled hands.

Afterward, she would quiz me on what I'd heard; we played this little game, sort of like Pictionary, where she'd draw a quick sketch of one of the characters, and I would have to guess who—or, in most cases, what—it was. If I got four in a row, she'd let me eat leche condensada right out of the can, which might've been the only thing I enjoyed more than listening to her stories.

At the time I thought it was all just for fun, a cool little game between the two of us. But I should've known better; my abuela hated party games.



## Capítulo Uno

Los mitos solía decir mi abuela, son verdades olvidadas por el mundo durante mucho tiempo.

Probablemente por eso los atesoró de la misma manera en que algunas personas coleccionan estampillas. O taza con fotos de gatitos. Mi abuela recolectó historias de enormes criaturas marinas con forma de serpientes con cuernos, de perros vampiros con dos cabezas y brillantes ojos rojos, de espantosos hombres necrófagos que acechaban por la noche para secuestrar niños traviesos.

Los mitos vinieron de todas partes del mundo de habla hispana. Desde Madrid a Quito. Desde Ciudad de México a Buenos Aires. La mayoría de ellos tenían cientos de años: eran casi tan viejos como las culturas que los habían inspirado. Algunos se habían extendido rápidamente por todo el mundo, como un incendio forestal. Otro ni siquiera abandonaron las pequeñas ciudades rurales donde habían sido contados por primera vez.

Toda su vida, mi abuela estuvo obsesionada con la mitología hispana, con sus leyendas, historias y folclore, y pasó años enseñándomelas.

Cuando era pequeño, los sábados por la tarde, solíamos pasar mucho tiempo en la cocina: yo, en mi pijama de los Power Rangers y en chancletas, mientras ella narraba sus cuentos favoritos de memoria y hacía que las batallas épicas y los monstruos macabros de sus historias cobraran vida con cada gesto de sus manos arrugados color café.

Luego, me preguntaba sobre lo que yo había oído; jugábamos a un juego, similar Pictionary, donde ella dibujaba el boceto de uno de los personajes, y yo tenía que adivinar quién -o en la mayoría de los casos, *qué*- era. Si acertaba cuatro veces seguidas, me dejaba beber leche condensada directamente de la lata, tal vez la única cosa que yo disfrutaba más en el mundo, aparte de escuchar sus historias.

En ese momento pensaba que todo era solo por diversión entre nosotros. Pero debería haberlo sabido mejor: mi abuela odiaba los juegos.

